

Dear friends of the Cross,

For my entire life, literally, we were “in church” on Good Friday. Sometimes more than once during the day or at least for a bit longer than a usual Mass. Tonight rather than being able to pray in church, be with you for the outdoor Stations of the Cross and the solemn Liturgy of Good Friday of the Lord’s Passion, I watched and prayed the Stations of the Cross with Pope Francis in an empty St. Peter’s Square. Fewer than 10 people processed with the cross and torches: doctors, a correction officer, men and women of Rome, family members of prisoners, etc. Each Station’s reflections were written by: a current life-sentenced inmate, a teacher of drug rehab students, a daughter of a prisoner, a prison volunteer, a judge, parents of a murdered young daughter. These real heart breaking stories pointed toward the struggle of hope to leave the past behind. The past of sin, betrayal, cowardice, indifference to human life, mistreatment of the vulnerable – just like people in the Passion drama – and just like us! They, however, looked to a new future beyond the cross: “every time I open and close a cell door, I do it with a touch of humanity and respect for the person who is behind the bars;” “these inmates have been my teachers in life and growth;” “when I get out I will tell of the goodness of life, not the evil I did;” “I do not have the right to condemn a person because each of us is a child of God.” The real statements connect us to the unjust condemnation of Christ and, more importantly, to the saving justice of the Resurrection in Christ. Putting things in “right relationship with God” is the power of the cross and its victory of new life.

This time of social distancing and suffering have offered all of us a chance to more deeply reflect about sin and redemption, life and death, needs and wants, hatred and love. That vacant and dimly lit St. Peter’s Square with the Miraculous Crucifix of St. Marcellus in front draws us near to the strength of suffering which is transformed into freedom. That crucifix survived a church fire in the 16<sup>th</sup> century and a few years later was carried through Rome in the Black Plague, attributed to the healing of many. Pope Francis asked to have it present these weeks of the COVID19 pandemic. It is Christ who made the cross salvific, who makes our crosses salvific. And who takes away our sin.

Typically, people would come to church at one time or another to venerate the St. Nicholas Cross, but this year we brought it on the pickup through the streets of Evanston to the people for hours – a different context for adoration. The reactions varied: many knelt down, made the sign of the cross, waived and hailed the cross, gave the thumbs up, bowed their heads, some children ran to catch up, many smiled through windows as the drapes were pulled back. Today people have venerated the cross digitally all over the world. Nothing can keep us from embracing the cross. We see death and yet we want to come close! Isn’t that odd? Isn’t it more natural to run from pain and death? Perhaps as the fiery serpent was “lifted up” for the people on Exodus, as they gazed directly at the cause of death, was the only antidote was to peer into it. Not unlike a cure for a virus – develop an immunity to it. We see our sin on the Cross, and know that is the only way to be forgiven and saved in Christ. May these Triduum days carry your burdens and hope.

May Christ reign in your hearts.  
Fr. Joseph Tito

Queridos amigos de la cruz:

Durante toda mi vida, literalmente, estuvimos “en la iglesia” el Viernes Santo. A veces más de una vez durante el día o al menos un poco más que una Misa habitual. Esta noche, en lugar de poder rezar en la iglesia, estar con ustedes para las Estaciones de la Cruz al aire libre y la solemne Liturgia del Viernes Santo de la Pasión del Señor, vi y recé las Estaciones de la Cruz con el Papa Francisco en la plaza vacía de San Pedro. Menos de 10 personas procesadas con la cruz y las antorchas: médicos, un oficial de corrección, hombres y mujeres de Roma, familiares de prisioneros, etc. Las reflexiones de cada estación fueron escritas por: un recluso condenado a cadena perpetua, un maestro de estudiantes de rehabilitación de drogas, la hija de un prisionero, voluntario de prisión, juez, padres de una joven hija asesinada. Estas historias desgarradoras reales apuntaban hacia la lucha por la esperanza de dejar atrás el pasado. ¡El pasado del pecado, la traición, la cobardía, la indiferencia a la vida humana, el maltrato a los vulnerables, al igual que las personas en el drama de la Pasión, y al igual que nosotros! Sin embargo, miraron hacia un nuevo futuro más allá de la cruz: “cada vez que abro y cierro la puerta de una celda, lo hago con un toque de humanidad y respeto por la persona que está detrás de las rejas”. “Estos internos han sido mis maestros en la vida y el crecimiento”. “Cuando salga hablaré de la bondad de la vida, no del mal que hice”. “No tengo derecho a condenar a una persona porque cada uno de nosotros es un hijo de Dios”. Las declaraciones reales nos conectan con la injusta condena de Cristo y, lo que es más importante, con la justicia salvadora de la resurrección en Cristo. Poner las cosas en “relación correcta con Dios” es el poder de la cruz y su victoria de una nueva vida.

Este tiempo de distanciamiento social y sufrimiento nos ha ofrecido a todos la oportunidad de reflexionar más profundamente sobre el pecado y la redención, la vida y la muerte, las necesidades y los deseos, el odio y el amor. Esa plaza vacía y poco iluminada de San Pedro con el crucifijo milagroso de San Marcelo en frente nos acerca a la fuerza del sufrimiento que se transforma en libertad. Ese crucifijo sobrevivió al incendio de una iglesia en el siglo XVI y unos años más tarde fue llevado a través de Roma en la Peste Negra, atribuido a la curación de muchos. El Papa Francisco pidió que se presente estas semanas de la pandemia de COVID19. Es Cristo quien hizo la cruz salvífica, quien hace nuestras cruces salvíficas. Y quien nos quita nuestro pecado.

Por lo general, las personas venían a la iglesia en un momento u otro para venerar la Cruz de San Nicolás, pero este año lo llevamos a la gente por las calles de Evanston durante horas, un contexto diferente para la adoración. Las reacciones variaron: muchos se arrodillaron, hicieron la señal de la cruz, renunciaron y saludaron la cruz, levantaron los pulgares, inclinaron la cabeza, algunos niños corrieron para alcanzarlos, muchos sonrieron a través de las ventanas mientras las cortinas se retiraban. Hoy la gente ha venerado la cruz digitalmente en todo el mundo. Nada puede impedirnos abrazar la cruz. ¡Vemos la muerte y, sin embargo, queremos acercarnos! ¿No es extraño? ¿No es más natural huir del dolor y la muerte? Tal vez cuando la serpiente de fuego fue “levantada” para las personas en Éxodo, mientras miraban directamente a la causa de la muerte, fue el único antidoto para mirarla. No a diferencia de una cura para un virus: desarrolle inmunidad contra él. Vemos nuestro pecado en la Cruz, y sabemos que es la única forma de ser perdonados y salvos en Cristo. Que estos días de Triduo carguen con sus penas y esperanza.

Que Cristo reine en sus corazones.  
El p. Joseph Tito